

Quiero cargarme un millón de chinos

Queridos Reyes Magos, camino de Oriente:

A estas alturas de la película comprenderéis que hace falta ser muy ñoño o padecer algún grado de oligofrenia benigna para escribiros en el mes de febrero y desde la estupidez que, con otros nombres más piadosos, se ha predicado de siempre como esencia misma de la infancia. A estas alturas del milenio se hace difícil seguir en la idea de que los arrapiezos viven en el limbo de la magia y del candor gazmoño. En el cole acaba por saberse todo más temprano que tarde, funciona una especie efficacísima de ósmosis de los cursos superiores hacia el parvulario y sólo unos pocos niños repelentes incontaminados de desengaños. Dura poco el arrullo de los cuentos y de las mentiras. La diferencia entre los niños y los adultos sólo radica ya en el precio de los juguetes de unos y de otros.

Conviene, sin embargo, no hacer ostentación de estar de vuelta, conviene no militar con excesivo "celo en el descreimiento, conviene -por pragmatismo- seguir jugando a hacerse el inocente, a participar en algunas ficciones que reportan efectos beneficiosos. Por eso creo en vosotros mis queridas majestades de Oriente, aunque hayáis emprendido ya el viaje de vuelta a casa, de todos modos, no quiero dejar pasar la ocasión de contaros las cuitas pasadas estas Navidades. A saber: Si le digo a mi padre que me compre un Spectrum Plus, bien puede replicar con un grosero corte de mangas, pero si os lo pido a vosotros en tiempo y forma, papá, con tal de que su hijo -o sea, el que suscribe- no se desengañe de la tan promocionada generosidad de los Reyes Magos y se descuelgue de golpe y porrazo de su nube de algodones, perdonará el bollo por el coscorrón y se descolgará con el Spectrum en los lustrosos zapatitos de su vástago. El caso es poner fronteras entre niños y adultos, mantener a los niños en una hipótesis, habitada por tragos, hadas y generosos barbudos que vienen del Oriente. Pues, bueno, París bien vale una misa y si uno tiene que comulgar con fantasiosas piedras de molino para llevarse el gato al agua y que se haga a la postre la santa voluntad de uno, pues sea, Dorotea. Si hay que jugar a disfrazarse de cándido corderillo, pues se juega. Quede claro, en todo caso, que una cosa es ser imberbe e inexperimentado y otra cosa es ser idiota. Y de eso nada, monada. Hasta ahí podíamos llegar, rey Baltasar.

Sucede que en el momento justo en que los adultos dejaron de creer en la Revolución, los nanos descreyeron de los Reyes Magos o de otras mentiras piadosas. No son dos fenómenos paralelos de caída en la nada o defenestración colectiva de la magia, son secuelas de uno y el mismo desencanto. Pero basta de constataciones, que yo lo que quiero, queridos Reyes Magos, es protestar, decir que está muy mal hecho, no hay derecho, no hay derecho. Y patalear. No ignoro que en el berrinche te juegas el nanoordenador y, bien probablemente, algunos otros arrumacos que se prodigan a la inocencia desde la mala conciencia de la perversión.

El caso es que tengo la desgracia de tener por padre y señor mío a uno de esos tráfugas desencantados de mil y dos ilusiones amasadas cuando este país era adolescente y afectado por el acné juvenil del credo revolucionario. Mi padre es un viejo lobo del mar de las utopías descuajeringadas de golpe por una metástasis galopante de posibilismo. Convencido de la imposibilidad de conquistar el todo, papá se empeña en la transformación gradual de sus partes. De momento ha recalado en las mónadas del catecismo ecologista-pacifista-progresista-radical para aliviarse de las escoceduras que, según parece, produce el saber que la Revolución tiene muchos más trámites y vericuetos de los inicialmente previstos. Lo malo del asunto es que el nuevo catecismo de papá aconseja castigar a los vástagos

negándoles el uso y disfrute de los juguetes bélicos. El año pasado por estas fechas organizó con algunos colegas de la asociación de vecinos una quema de juguetes bélicos, la liturgia resulta ser una sádica operación de castigo a los chavales del barrio que, con todo derecho, se pierden por una **marietta** o por un acorazado con misiles aire-aire. Ahora va a resultar que la culpa de la belicosidad internacional y de la agresividad de los ejércitos la tenemos los nanos. Mientras los adultos condecoran como héroes a los más hábiles en el juego de la guerra, mientras aplaudan en el cine la apostura del chico bueno que convierte en colaboradores a los malos, mientras babeen de gozo intelectual ante la plasticidad de las imágenes de Peckinpah no pueden castigar a los nanos reprimiendo los deseos que ellos alimentan. Es mucho decir que los fusiles sean malos en sí mismos, pero aunque así fuera, de sobra saben los adultos que la violencia tiene su aquél y además un ejército de **madelmen** no mata a nadie. Los nanos sólo mimetizan con sus juegos a los adultos y así será por los siglos de los siglos. Si ellos son guerreros y violentos que no se purguen en nosotros.

Queridos Reyes Magos, a lo largo del curso he sido aplicado y cumplidor, y prometo seguir siéndolo en los meses que quedan. A vosotros os toca recompensar mis méritos y aprovechamiento. Quiero que me traigáis, aunque sea fuera de fecha, un Spectrum Plus con un par de programas lógicos para cargarme un millón de chinos y así más pronto poder crecer. Mi alma anhela los místicos resplandores del genocidio activo. Empiezo a ser adulto.